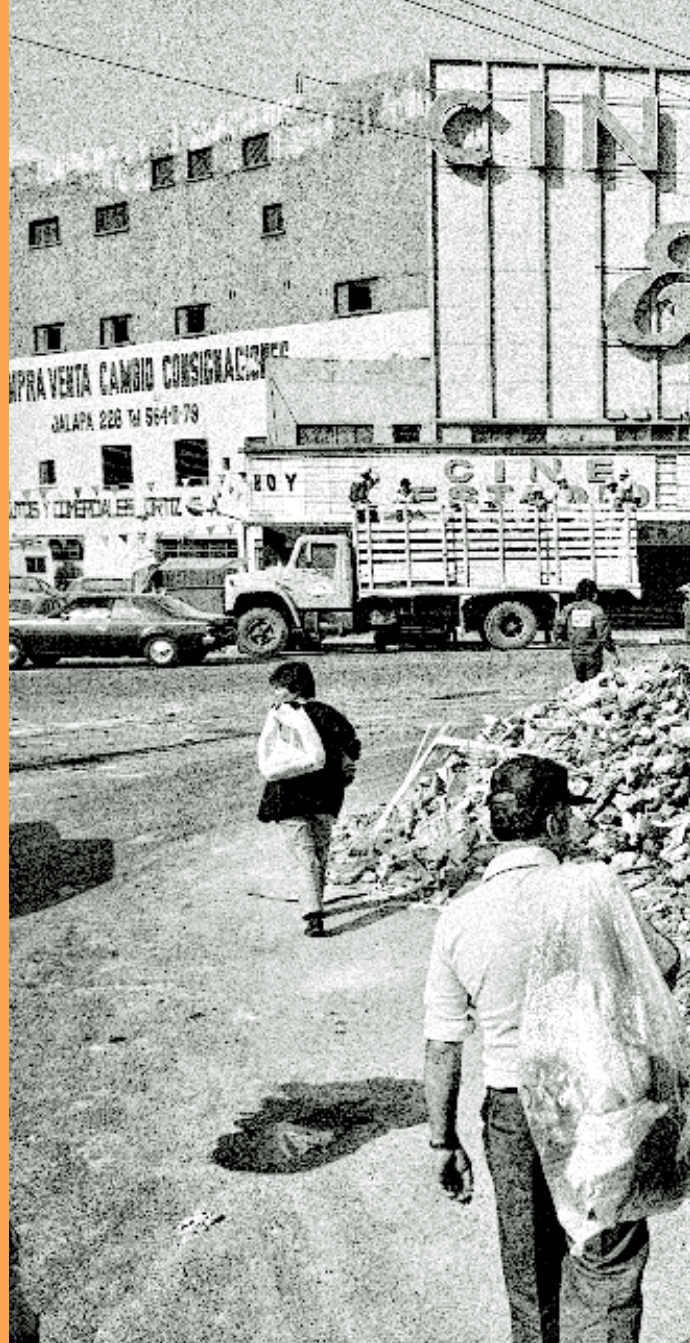


Carlos Contreras
de Oteyza,
Sin título,
México D.F., 1985,
colección del autor.

La indiferencia

Carlos Silva



Está temblando, está temblando un poquitito, no se asusten, vamos a quedarnos...

*Les doy la hora, siete de la mañana, ¡ah chihuahuas!, siete de la mañana,
diecinueve minutos, cuarenta y dos segundos, tiempo del centro de México.*

Sigue temblando un poquitito, pero vamos a tomarlo con una gran tranquilidad.

Vamos a esperar un segundo para poder hablar...

LOURDES GUERRERO, transmisión en vivo, noticiario *Hoy Mismo*



Opinión

Jacobo Zabłudovsky —recuerda Héctor de Mauleón— era de los pocos con teléfono en su auto y desde ahí narró la crónica de los hechos que con el tiempo se convirtió en leyenda urbana.¹ En 1985 no existía el internet como lo conocemos ahora; no existían las redes sociales ni perros como Frida, por lo menos no aquí en el país, que ayudaran a encontrar a los enterrados aún con vida. Y vino el terremoto y arrasó con todo. Los edificios se derrumbaron. Pero México no necesitaba nada, sólo de su gente. No del gobierno ni de sus instituciones, que permanecen impávidos y petrificados ante el evento. Sólo de las manos anónimas de la sociedad civil para remover escombros; de los Topos, que se escabullían por subterfugios para localizar a los que estaban atrapados

y que llevaban varios días bebiendo su propia orina para sobrevivir; de la voz contigua que hacía un eco con sus gritos movilizando millares de ciudadanos para salvar a la gente de los escombros. Eso es lo que recuerdan los sobrevivientes del terremoto de aquel año fatídico para los mexicanos, que escuchan testimonios y que aun tiemblan cuando ven las imágenes de su mundo y su vida entera que se desplomó cuando la tierra se sacudió.

La desmemoria

En el año 2010, al cumplirse 25 años del terremoto de 1985, en su maravilloso ensayo *Arte y olvido del terremoto* el escritor Ignacio Padilla reflexionó sobre el saldo de aquel evento traumático para los mexicanos. Y sentencia: “[...] las artes visuales y la poesía serán presa de un pudor que privilegia a la fotografía y a la crónica como géneros ante todo periodísticos, [que] desde luego son insuficientes para generar una evocación estética y transformadora de las grandes catástrofes del siglo xx”.² Padilla también comenta que la desmemoria, la negación de una experiencia traumática colectiva que no ha sido resuelta ni enfrentada, y que sólo ha sido registrada por la supuesta objetividad del periodismo, propone otro tipo de olvido, uno sin impunidad.³ Se puede estar de acuerdo o no, pero, al fin y al cabo, sus reflexiones se inclinan a dimensionar de una forma más que objetiva, por lo menos hasta ese año, por un lado, el valiente nacimiento de una sociedad civil que, como aseguró Carlos Monsiváis, “encabeza, convoca y distribuye la solidaridad”;⁴ y, por otro, la evidencia de la ineficacia notable de un gobierno “paralizado por la tragedia y [...] el miedo de la burocracia, enemiga de las acciones espontáneas”.⁵

Padilla señala que hasta 2010 se habían consignado los costos de los daños materiales, pero siempre de manera anónima, y que, justamente, crear memoria significaba poner rostros y nombres de aquellos a quienes por décadas obligaron a la nación a pagar sus actos de despotismo y abuso:

sin cuenta de corrupción, burocratismo, criminal especulación inmobiliaria, nula planeación urbana y abierta negligencia de los líderes de la revolución institucionalizada para encauzar recursos

KO.DAK TX 5063



→ 14 A

→ 15

Marco Antonio Cruz, *Ensayo Sismos en la Ciudad de México*, México D.F., 1985, colección del autor.





© 751165

Agencia Casasola

Rescate de cuerpos de
entre los escombros,
México D.F., 1957,
colección Revista Hoy,
Secretaría de Cultura.
INAH.SINAFO.FN.MX.

a un sistema efectivo de prevención de desastres. [...] los sismos del 85 sirvieron para exhibir miserias que hasta ese día se mantuvieron en la oscuridad [...]: la caída del edificio de la Procuraduría General de la República sacó a relucir cuerpos de ciudadanos encajuelados, torturados y aniquilados por el siempre eficaz sistema judicial mexicano; sólo la muerte de docenas de costureras en la sede de su sindicato pudo anunciar en forma masiva las precarias condiciones laborales de aquel gremio⁶

La historia

El 19 de septiembre de 1985, a las 7:19 de la mañana, México sufrió uno de los terremotos más devastadores de su historia (8.1 grados). Pero no ha sido el único ni el más fuerte, aunque no por ello el menos destructivo. Según los registros históricos, desde el año 1474 (año Caña) ha habido poco más de 150 movimientos tectónicos de proporciones mayores. Los más fuertes: el 3 de junio de 1932 (8.4 grados) y el del 28 de agosto de 1973 (8.8 grados). El primero, que provocó alrededor de 300 muertes y pocos daños materiales, sigue considerándose como el octavo terremoto “más energético del mundo”.⁷ En el segundo, algunos sitios de la zona este del estado de Puebla y el centro de Veracruz quedaron semidestruidos, con un saldo aproximado de 3000 muertos, 4000 heridos y más de 300000 damnificados.

También deben considerarse, por su significado y su simbolismo representativo, los temblores nacionales sufridos el 7 de junio de 1911 y el 28 de julio de 1957 (de 7.8 y 7.7 grados de magnitud, respectivamente). El primero se conoce como el “terremoto de Madero”, porque ocurrió justo el día en que Francisco I. Madero hizo su entrada triunfal a la Ciudad de México, y en el que según reportes oficiales hubo:

un total de 40 víctimas mortales, 33 artilleros y 7 mujeres, tras colapsarse el ala derecha del dormitorio del 3er

© 276140
Agencia Casasola.
*Hombres en la
restauración del Ángel de
la Independencia en un
taller al aire libre.*
México D.F., 1957,
colección
Archivo Casasola,
Secretaría de Cultura.
INAH.SINAFO.FN.MX.

regimiento de artillería en Rivera de San Cosme. Además de provocar daños importantes en el altar de la iglesia de San Pablo, grietas en las calles, donde el movimiento provocó que se flexionaran los rieles de tranvía. Un total de 250 casas quedaron destruidas, la mayoría localizadas en Santa María la Ribera. El Palacio Nacional y la Catedral metropolitana sólo sufrieron cuarteaduras. Así también, la Escuela Normal para Maestros, la Escuela Preparatoria, la Inspección de Policía, el Instituto Geológico sólo resintieron daños menores.⁸

El segundo, el llamado “terremoto del Ángel”, se conoce de esa manera por el colapso de la escultura de la victoria alada de avenida Reforma conocida coloquialmente como el “Ángel de la Independencia”. El historiador Carlos Martínez Assad menciona:

Entonces el Ángel volvió a estar en y no sobre la cabeza de todos. A las 2:44 horas de la madrugada, el fuerte sismo lo desprendió de su base. La escultura cayó al lado oriente del monumento. Los enormes bloques de bronce forrados de oro de la escultura nacional más preciada por los mexicanos brillaban sobre el césped y el asfalto. Allí estaba en su proporción humana la figura valorada como una joya artística nacional, sus partes lanzaban destellos primero con la luz de los fanales de decenas de automóviles de personas que se congregaron en derredor, luego con los primeros rayos del sol de esa madrugada triste.⁹

Del terremoto del 85 se han escrito miles de páginas y casi todas ellas coinciden en señalar que el desastre de tal cantidad de inmuebles se debió, primero, al terreno acuoso en que se encuentra la ciudad de México y, segundo, a la construcción indiscriminada de edificios que pasaron por alto los ordenamientos, sin respetar el número permitido de niveles de edificación. Y, por último, a la indolencia de las autoridades que, a sabiendas de que el país cuenta con una historia comprobada de terremotos, no habían sido capaces de crear una cultura acerca de cómo actuar, para prever y hacer frente a estos eventos. Aun así, el ingeniero Sergio Alcocer señala:









© 750967

Agencia Casasola

Inmueble derrumbado por el sismo, ubicado en Ignacio Ramírez y Artes, México D.F., 1957, colección Revista Hoy, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.

El sismo [...] no produjo daños en estructuras bajas —como casas— de la Ciudad de México, pero sí en los edificios ya que hubo un empate entre la frecuencia del movimiento, la frecuencia natural del suelo y la de los edificios, y esta resonancia condujo a un desplazamiento mayor al que algunas estructuras podían superar, lo que llevó al colapso de diversas edificaciones.¹⁰

Contrario a lo que planteaba Padilla en 2010, hoy en día, después del terremoto del pasado 19 de septiembre de 2017 (coincidentalmente sucedido en la misma fecha que 32 años antes), que resultó igual o más devastador que el del 85, los avances tecnológicos han logrado crear una cultura primaria y paliativa para estos eventos, aunque siguen siendo insuficientes.

El terremoto de 1985 tuvo condiciones muy diferentes a los anteriormente descritos, sobre todo al de 1957, pues si bien su magnitud fue mayor, en ese tiempo no existían “rascacielos”, excepto la Torre Latinoamericana (1956), de 44 pisos, 204 metros de altura y la más alta tecnología para el “aislamiento sísmico”. En una escala del I al X, el de 1985 tuvo los más altos niveles de “destrucción, rijosidad y fuerza”: VIII, IX y VII, respectivamente.

Para 1985, el censo oficial contemplaba la existencia de casi un millón y medio de inmuebles, aproximadamente, entre edificios, hospitales, oficinas, hoteles, escuelas y comercios, de los cuales casi 50 000 quedaron destruidos. Muchos de ellos símbolos patrimoniales de la ciudad, como el Centro Médico del IMSS, los hospitales General y Juárez, los multifamiliares Nonoalco-Tlatelolco y Juárez, el café Súper Leche, los hoteles Del Prado y Regis, Televisión, la Procuraduría de Justicia y la Secretaría de Comercio. Igualmente, hubo un caos por los daños sufridos en la infraestructura pública de calles y avenidas, redes de comunicación, como el Metro, y los sistemas de suministro de gas y agua potable, entre otros.

La indiferencia

Al principio señalaba que se puede estar de acuerdo o no con las reflexiones de Padilla en el sentido de que para la creación de una memoria sólida

de un evento de aquella magnitud no había bastado con hacer compilaciones crónicas e iconográficas. Sin embargo, estas herramientas historiográficas han permeado en la cultura colectiva hasta el desarrollo de una conciencia específica de la tragedia sobre este tipo de eventos que no nos eran ajenos como sociedad civil, y que, por el contrario, se intensifica, primero, probablemente, a partir del terror y el miedo, y después como una política de prevención que permita a la ciudadanía exigir al Estado los instrumentos para hacerles frente.

De la infinidad de imágenes que dan cuenta de la destrucción provocada por el terremoto del 19 de septiembre de 1985 existen algunas que, al paso del tiempo, han quedado grabadas en el imaginario popular como una referencia automática para quien recuerda aquel evento tan lamentable para los mexicanos. Resultaría por demás insuficiente tanto el espacio como la capacidad para hacer una selección de todas ellas, por lo que sólo quiero referirme a una en específico, porque estoy seguro de que reúne y da cuenta de aquello a lo que todos los que han tratado el tema se han referido y coincidido: la apatía política. Se trata de aquella imagen conocida como “la indiferencia”, en la que aparecen casi posando para la instantánea el regente Ramón Aguirre, el presidente De la Madrid, el secretario de Guerra, Juan Arévalo Garduqui, y el secretario de Programación y Presupuesto, Carlos Salinas de Gortari, todos mirando con indolencia a las alturas.

Todas aquellas fotografías, miles y miles que componen su universo, reflejan el tiempo detenido ante la tragedia. Los relojes fijos obligaban a apuntar a sus manecillas el momento de su glaciación a las 7:19 de la mañana; el aire brumoso y polvoriento; la desolación de un ambiente de estupor en que el silencio reinante poco dejaba a la imaginación para comprobar si aquello fue el resultado de un evento natural o un bombardeo bélico. Pero a diferencia de lo que en realidad estaba sucediendo, en esa foto los funcionarios aparecen impecables en su atuendo, mientras que los rostros anónimos, sin camisa algunos, con sus prendas rasgadas formaban filas humanas interminables para remover tierra, piedras y escombros al grito unísono de “Esta fila no se quiebra”. Ante eso y como una muestra más de la estupidez gubernamental no



Carlos Contreras de Oteyza, Sin título, México D.F., 1985, colección del autor.



Marco Antonio Cruz, *Jóvenes voluntarios en la Delegación Cuauhtémoc, México D.F., 1985*, colección del autor.



faltó el colaborador que en algún recorrido sugiriera: “¡Presidente, aquí!, tome una pala para la foto”. Se ha consignado que el mandatario de inmediato replicó “no me gusta hacer política a ritmo de salsa”.¹¹

Tiempo después el presidente De la Madrid reconoció: “El sismo alcanzó dimensiones de catástrofe [...] Su magnitud nos tomó por sorpresa y tuvimos que actuar sin el apoyo de un plan de emergencia a la altura de las circunstancias”.¹²

Una crónica sobre ello, por demás elocuente, la realiza Enrique Krauze: “al paso de los días la situación se fue agravando para hacer frente a la emergencia. El gobierno reaccionó con estupor, lentitud y torpeza. Como una señal más —por si faltara— de la petrificación del sistema [...] Miles de muchachos [...] se arriesgaban entre las ruinas para lograr lo que se volvió voz común: ‘sacar gente’ [...] Fue una suerte de bautizo cívico. En algún lugar de Tlatelolco [...] un muchacho de escasos quince o dieciséis años acaudilla el rescate. Lo obedecen todos: policías, militares, brigadistas. Se vive el mismo fenómeno de afirmación y solidaridad del 68, pero en sentido inverso: ahora los estudiantes no gritaban ‘únete, pueblo’, sino que se unía a él”.¹³

En sus memorias, el presidente De la Madrid cuenta que el temblor lo “agarró vistiéndose”. Por órdenes del Estado Mayor canceló una gira de trabajo porque la pista de aterrizaje de “Las Truchas estaba dañada”. Apenas a las 11 de la mañana realizó un vuelo de reconocimiento en helicópte-

ro, posteriormente hizo un recorrido por autobús por las zonas más afectadas de la ciudad. A las 3 de la tarde se reunió con su gabinete para tomar acciones. “Decretó tres días de duelo nacional.” Por la noche realizó otro recorrido a sitios específicos como el deportivo Morelos, el Hospital General 1, Gabriel Mancera, la Unidad Tlatelolco y el Centro Médico Nacional. Aun así, tardó 36 horas para dirigirse a la nación. Como lo revela la imagen, así como todas aquellas en las que aparece el presidente durante sus recorridos con los hombres de su gabinete, existe un halo de “esclerosis gubernamental”.¹⁴

Pero la sociedad civil decidió no esperar por el protocolo. Filas interminables acarreamos escombros para rescatar a los que seguían vivos o sacar a los muertos que eran trasladados en ambulancias o camionetas militares a los sitios donde se habían improvisado capillas fúnebres. “Desde los primeros momentos, las calles se llenaron de preparatorianos, estudiantes del Politécnico y universitarios que espontáneamente organizaron brigadas de salvamento de las víctimas y de apoyo a los damnificados.”¹⁵

Era una respuesta espontánea ante la pasividad gubernamental. La gente comenzó a agolparse al pie de las ruinas. Llegaban con herramientas case- ras y cubetas, como dice Héctor de Mauleón, “en manadas como lobos”, para sacar a los heridos de los escombros. Los militares, que “llevaban metralletas ‘en vez de picos y palas’”, esperaban órdenes de sus superiores, no permitían a los civiles acercarse “y se dedicaron a acordonar las calles

para impedir que la gente saliera”.¹⁶ El presidente, con una lentitud exasperante, ordenó al Ejército salir a las calles tres horas después del sismo, y no para ayudar, sino para cuidar los edificios derrumbados, “para evitar el pillaje”. Un ambiente de enojo y frustración comenzó a reinar frente a la desgracia. Pero al final no importó. La gente se trasladaba hasta donde se necesitaba. Taxis y peseros ofrecían llevar a las personas de manera gratuita. “[...] médicos, enfermeras, plomeros y carpinteros ofrecieron sus servicios. La gente se repartía cobijas y ropa, improvisaba campamentos y métodos de salvamento, llevaba palas, gatos hidráulicos, tanques de oxígeno y todo tipo de herramientas”.¹⁷ En el colmo de la irresponsabilidad el presidente declaró: “La sociedad civil es parte del Estado. Pueden irse a sus casas. Ya los llamaremos si los necesitamos”.¹⁸ Apático, consideraba que tenía que confiscarle al pueblo las obligaciones que le habían arrebatado. Se ha mencionado que dos semanas después de los hechos, más de un millón de personas se encontraban en la calle ofreciendo sus servicios.¹⁹

Como en todas las tragedias sociales que han sucedido en México y en las que se encuentra involucrado el Estado, las cifras se manipularon, pretendiendo un ambiente de control y calma. Se habló de alrededor de 10 000 muertos, pero fuentes extraoficiales afirmaron que pudieron haber sido más de 50 000 sólo en la Ciudad de México. Ello sin contar los desastres en el interior de la República como en Jalisco, Michoacán, Colima y Guerrero, que el presidente, en su momento, minimizó.²⁰

Cuando otros países comenzaron a solidarizarse y a ofrecer su ayuda, una declaración, por demás ignominiosa y soberbia, del presidente a la prensa cimbró a la sociedad: “Estamos preparados para atender esta situación y no necesitamos recurrir a la ayuda externa. Agradecemos las buenas intenciones, pero somos autosuficientes”.²¹ Y rechazó la ayuda. Por la noche y con la pena ajena tuvo que rectificar en cadena nacional: “No podemos hacer lo que quisiéramos con la rapidez que deseamos, sobre todo para salvar vidas”.²²

Por mensaje de radio el presidente agradeció la ayuda internacional que se estaba ofreciendo. Ésta no tardó en comenzar a llegar. De hecho, fue tanta que nuevamente el gobierno tropezó y no supo qué hacer con la generosidad material, que se amontonaba por toneladas en el hangar presidencial. De lo obsequiado hubo robo, pillaje y enseres que se pudrieron ahí mismo. Y en el colmo de la estupidez y el abuso, hasta algunos perros de rescate que llegaron de otros países se hicieron “perdedizos”.

La imagen de la indiferencia pareciera ser una parábola de comedia griega en la que los dioses-gobernantes se mofan de la desgracia mundana y que bien podría encajar en el cinismo rapaz y ramplón de las palabras del presidente De la Madrid ante la ciudad que se hallaba devastada: “La tragedia es grande, pero la capital de México no está arrasada; la capital de México, en grandes segmentos, está volviendo a la normalidad, y, si bien lamentamos profundamente los daños y las pérdidas de vidas, tenemos que informar que la



mayor parte de la Ciudad de México sigue en pie y sus habitantes siguen también, de la misma manera, en pie y afrontando la tragedia con un valor extraordinario”.²³

Aquella experiencia traumática dejó muchas enseñanzas. En la actualidad existen programas de protección civil que se ejecutan cada vez que hay oportunidad, o en las conmemoraciones. Sin embargo, la verdadera y más grande lección fue la disposición y presencia de la socie-



Carlos Contreras de Oteyza.
Sin título,
México D.F., 1985,
colección del autor.

dad, con su capacidad de crear cadenas humanas para derribar cualquier gigante.

En aquella ocasión el gobierno mexicano dejó pasar su oportunidad histórica de alejar los fantasmas que lo perseguían desde el 68. Debía demostrar que los tiempos habían cambiado y que, en ese momento, ante cualquier eventualidad, es-

taría al lado del pueblo. Volvió a fallar. Ante la tragedia, su respuesta fue su incapacidad de acción y LA INDIFERENCIA. Y ésta quedó retratada para la posteridad.

Carlos Silva es doctor en historia política por la UNAM. Fue coordinador de Investigación Arqui-

tectónica y editor de la Dirección de Arquitectura del INBA. Actualmente es coordinador de Gestión Cultural de la Subdirección General de Patrimonio Artístico de la misma dependencia. Entre sus publicaciones se encuentran las biografías *Álvaro Obregón*, *Plutarco Elías Calles* y *101 preguntas de historia de México. Todo lo que un mexicano debe saber*.

- 1 Héctor de Mauleón, "El temblor de otro siglo", *El Universal*, 28 de septiembre de 2017: <http://www.eluniversal.com.mx/columna/hector-de-mauleon/nacion/el-temblor-del-otro-siglo> (consultado en agosto de 2018).
- 2 Ignacio Padilla, *Arte y olvido del terremoto* (México: Almadía, 2010), 58.
- 3 "Analiza Padilla la desmemoria artistica del desastre de 1985", *La Jornada*, 19 de septiembre de 2010: <http://www.jornada.com.mx/2010/09/19/cultura/a02n1cul> (consultado en agosto de 2018).
- 4 Carlos Monsiváis, "No sin nosotros". *Los días del terremoto 1985-2005* (México: Era, 2005), 9.
- 5 Monsiváis, "No sin nosotros". *Los días del terremoto 1985-2005*, 9.
- 6 Padilla, *Arte y olvido del terremoto*, 12-13.
- 7 Carlos Silva, *Los días que cambiaron México* (México: Grijalbo, 2016), 235.
- 8 *El Demócrata*, 9 de junio, 1911, 1.
- 9 Carlos Martínez Assad, *El Ángel* (México: Gobierno del Distrito Federal, SEDUVI, 2006), 70.
- 10 Sergio Alcocer, "El temblor del 85: entorno político y su impacto en la infraestructura urbana", *4 Vientos. Periodismo en red*, 20 de septiembre de 2016: <http://www.4vientos.net/2016/09/20/48682/> (consultado en agosto de 2018).
- 11 "Sismo del 85, el episodio más amargo de mi gobierno". El testimonio del expresidente Miguel de la Madrid sobre el sismo de septiembre de 1985", *Eje Central*, 18 de septiembre de 2015: <http://www.ejecentral.com.mx/el-episodio-mas-amargo-de-mi-gobierno/> (consultado en agosto de 2018). Véase también Miguel de la Madrid, *Cambio de rumbo: testimonio de una presidencia, 1982-1988* (México: FCE, 2013), 321.
- 12 De la Madrid, *Cambio de rumbo: testimonio de una presidencia, 1982-1988*, 466.
- 13 Enrique Krauze, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)* (México: Tusquets, 1997), 407.
- 14 Krauze, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, 407.
- 15 Krauze, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, 407.
- 16 José Agustín, *Tragicomedia mexicana. La vida en México de 1982 a 1994*, vol. 3 (México: Planeta, 1998), 83.
- 17 Agustín, *Tragicomedia mexicana. La vida en México de 1982 a 1994*, vol. 3, 83.
- 18 Monsiváis, "No sin nosotros". *Los días del terremoto 1985-2005*, 10.
- 19 Monsiváis, "No sin nosotros". *Los días del terremoto 1985-2005*, 9.
- 20 "¿Qué hizo Miguel de la Madrid en el devastador temblor de 1985?", *La Silla Rota*, 8 de septiembre de 2017: <https://lasillarota.com/nacion/que-hizo-de-la-madrid-en-el-devastador-temblor-de-1985/175300> (consultado en agosto de 2018).
- 21 Agustín, *Tragicomedia mexicana. La vida en México de 1982 a 1994*, vol. 3, 83.